

DAVID WELLINGTON

# VAMPIRO ZERO

VAMPIRE TALES



Tras librar una sangrienta batalla en Gettysburg contra un ejército de vampiros, el agente Jameson Arkeley sacrificó su vida para salvar a sus compañeros. Aunque no murió... Arkeley aceptó la maldición y se convirtió en vampiro. El vampiro más astuto que jamás haya existido, pues conoce todos los trucos mejor que nadie. Ahora Laura Caxton, agente de policía y cazavampiros, debe acabar con él, pero Arkeley será capaz de anticiparse a todas sus tácticas; al fin y al cabo fue él quien se las enseñó. Caxton tendrá que encontrar a Arkeley antes de que éste logre exterminar uno a uno a todos los miembros de su propia familia y, sobre todo, evitar que se convierta en una bestia mucho más peligrosa: un vampiro cero.

Para mis padres

# CAPÍTULO 1

Una cortina de nieve cristalina brillaba a lo largo de la carretera a la luz que los faros del coche proyectaban en medio de la oscuridad. No se encontraba lejos de la dirección de Mechanicsburg que le había facilitado la centralita de la Unidad de Sujetos Especiales. Era entrada la noche y no había tráfico, tan sólo líneas blancas pintadas en la carretera que marcaban el camino. Cuando llegó, estaba aún medio dormida, pero se despertó de golpe cuando abrió la puerta y salió al inusual aire helado.

Era poco después de Acción de Gracias. Arkeley llevaba dos meses escondido, y Caxton lo había estado buscando día y noche, pero tal vez aquí terminaría su búsqueda. Aquí terminaría su sentimiento de culpa y su deber. Tal vez.

—Los refuerzos están de camino. Tiempo estimado de llegada: las diez. En media hora tendremos la zona rodeada —le comunicó Glauer, sin molestarse siquiera en saludarla.

Glauer era un tipo grande, le sacaba una cabeza a Caxton y era mucho más fornido que ella. Era el típico policía de Pensilvania: un corte de pelo horrible, bigote grueso pero no tupido y una palidez enfermiza en toda la cara, excepto en las orejas y la nariz, donde le tocaba el sol. Llevaba el uniforme de agente estatal de Pensilvania, el mismo que Caxton. Hasta hacía poco, había sido un simple policía local que jamás había visto ninguna escena del crimen de cerca. Desde que había conocido a Caxton, había visto mu-

chas cosas terribles, pero por lo menos había subido un peldaño en la escala salarial. Tras la masacre de Gettysburg, su ciudad, Caxton había hecho que lo asignaran directamente a su USE, la Unidad de Sujetos Especiales. Era un buen hombre y un gran policía, pero las arrugas de sus ojos aún revelaban que tenía miedo.

—¿Y si esta vez lo esperamos fuera?

—Esto no va así —le espetó ella.

Caxton fue tras Glauer mientras éste colocaba precinto policial en la entrada del centro de autoalmacenaje. Llevaba un rifle de asalto colgado del hombro.

—Me lo enseñó él.

—¿Le enseñó a lanzarse de cabeza a una trampa evidente?

Caxton quiso echar un vistazo al interior del centro de autoalmacenaje a través de las puertas acristaladas de la entrada, pero desde la calle no se veía nada. Glauer ya había inspeccionado la zona y había dado parte del hallazgo de dos cuerpos (muertos, por supuesto, muy muertos), pero ella quería verlos por sí misma. Quería ver lo bajo que Arkeley había caído.

—Sí —respondió Caxton.

La entrada era un espacio de luz prístina en medio de la noche, con tabiques de yeso desportillado. Caxton vio un mostrador tras el que debería haber estado sentado el vigilante nocturno; un mostrador blanco manchado de pequeños charcos rojos que goteaban.

—Tendré que entrar ahí dentro —dijo Caxton—. ¿Cuántas salidas tiene el edificio?

Glauer carraspeó.

—Dos. Esta de aquí delante y una salida de incendios en la parte trasera. La de la parte trasera tiene alarma, pero de momento no he oído ninguna sirena.

—Claro que no. Me está esperando dentro. Aunque tampoco esperará eternamente. Si nos quedamos de bra-

zos cruzados hasta que lleguen los refuerzos, saldrá por esa puerta a tal velocidad que ni siquiera lo verá.

Caxton intentó sonreírle de forma halagadora, pero Glauer no picó. En lugar de eso, se dio la vuelta y escupió al suelo helado.

Caxton comprendía sus reservas. Aquello pintaba mal, era una auténtica trampa mortal. Aunque en realidad la agente no tenía otra opción. Se encogió un poco dentro de su pesado abrigo.

—Glauer, ésta es la mejor pista que se nos ha presentado. No podemos dejarla escapar.

—Claro.

Glauer terminó de precintar la zona y corrió hacia uno de los laterales del edificio sin esperar más órdenes. Sabía exactamente qué tenía que hacer: esperar junto a la salida de incendios y mantener los ojos bien abiertos. Y cargarse cualquier cosa que saliera.

No era que las preocupaciones de Glauer, y su forma prudente de manifestarlas, la trajeran sin cuidado. En realidad le importaban mucho, pero no lo suficiente para detenerla. Abrió las puertas de cristal y se adentró en el edificio, con la Beretta en la mano, pero con el seguro puesto, otra cosa que había aprendido de Arkeley. Se acercó a la recepción como quien va a alquilar un trastero y entonces se asomó por encima del mostrador para ver lo que había al otro lado.

La moqueta estaba empapada de sangre coagulada. Detrás del mostrador había dos cuerpos, tal como le habían advertido. Uno de ellos llevaba una camisa de uniforme y estaba sentado, desplomado encima de una pantalla de videovigilancia, con el cuello abierto por un profundo corte ensangrentado. El otro llevaba un uniforme de recepcionista y tenía los ojos abiertos, fijos en los plafones del techo. Le faltaba el brazo derecho.

Caxton retrocedió un paso, dio media vuelta y miró hacia los ascensores que había a la izquierda del vestíbulo.

Uno de ellos estaba entreabierto y entre las dos puertas había algo atascado que impedía que se cerraran. La agente se agachó y vio exactamente lo que esperaba: lo que mantenía las puertas abiertas era el brazo arrancado del recepcionista. Los dedos señalaban hacia dentro, como si le indicaran a Caxton adónde tenía que dirigirse.

Entre los vampiros eso podía considerarse una broma. Caxton había logrado inmunizarse ante aquel humor tan cínico. Cogió el brazo —las huellas no le preocupaban en absoluto, pues los vampiros carecían de ellas— y, con el máximo respeto, lo apartó. Acto seguido se montó en el ascensor y las puertas se cerraron tras ella.

Alguien ya se había ocupado de presionar el botón de la tercera planta.

Hacía exactamente veintisiete minutos, según el reloj de Caxton, que alguien había llamado a la línea telefónica que la USE había abierto para que los ciudadanos pudieran aportar información. Algo que sucedía bastante a menudo. Desde la masacre de Gettysburg, la gente veía vampiros continuamente en sus jardines, metiéndose en sus contenedores y merodeando por los alrededores de los centros comerciales. Caxton y Glauer habían seguido el rastro de todas y cada una de esas pistas, pero nunca habían encontrado nada digno de mención. Sin embargo, la última llamada había sido distinta. Al oír la grabación, a Caxton se le pusieron los pelos de punta. Era una voz inhumana, un gruñido ronco: arrastraba las palabras, que parecían gotear de una boca repleta de dientes despiadados. La voz no perdió el tiempo, recitó de un tirón una dirección en Mechanisburg y anunció:

—Dígale a Laura Caxton que la espero aquí. Esperaré hasta que llegue.

Una trampa, aquello era una trampa evidente. A Arkeley le encantaban las trampas que los vampiros solían tenderles, porque eso les permitía conocer su ubicación. A los vampiros les encantaban las trampas porque eran depreda-

dores y, a menudo, unos vagos, y les iba de perlas que las víctimas se lanzaran directamente a sus garras. Ahora Arkeley era uno de ellos, pero aun así Caxton habría esperado mucho más de él.

El brazo encallado en las puertas del ascensor también era indigno de él, pero eso no significaba nada. Habían pasado dos meses desde que Arkeley había cambiado, desde que había aceptado la maldición. Lo había hecho por una buena causa, por supuesto. En su momento había creído que era la única forma de salvarle la vida a Caxton. Y seguramente tenía razón, como de costumbre.

En su razonamiento había tan sólo un error: cuando un ser humano muere y vuelve de la tumba convertido en vampiro, pierde parte de su humanidad. Y cada noche pierde un poco más. En su día, Arkeley había sido un cazador de vampiros implacable, se había tomado su cruzada muy a pecho. Ahora, cada vez que se metía en su ataúd, perdía parte de lo que había sido. Al final todos los vampiros se convertían en la misma criatura: un yonqui adicto a la sangre; un sociópata con una vena sádica; un asesino implacable y despiadado.

Sonó un timbre en el interior del ascensor y se abrieron las puertas.

Caxton salió a la tercera planta con la pistola levantada a la altura de los hombros, agarrándola con ambas manos. Mantenía los oídos bien atentos y los ojos abiertos de par en par, preparada para cualquier cosa. Quería estar lista para verlo, para ver a Arkeley, y dispararle en el acto.

Arkeley nunca se había considerado su mentor. Caxton le había sido útil de un modo muy limitado, y precisamente por eso había decidido que se convirtiera en su socia. A veces se había servido de ella para llevar a cabo labores preliminares, del mismo modo que ahora Caxton se servía de Glauer, aunque en la mayoría de las ocasiones la había utilizado como cebo. Caxton había aprendido a no tomárselo como algo personal, pues lo cierto era que Arkeley no tenía



nada contra ella. Era un hombre obsesionado, con una idea fija, y vio en Caxton a alguien que podría serle útil. Ella había aprendido mucho dejándose utilizar. Todo lo que sabía de los vampiros se lo había enseñado él, o respondiendo a regañadientes a sus incesantes preguntas, o bien con su ejemplo. Cuando Arkeley aún vivía, a Caxton la inquietaba que hubiera cosas que el federal no le contara, secretos que se guardara para él. Ahora que Arkeley había regresado de entre los muertos, eso la inquietaba aún más.

Había llegado el momento de descubrir esos secretos, pensó.

Ante ella se abría un largo pasillo, con dos paredes metálicas pintadas de un blanco deslumbrante, llenas de incontables trasteros. Algunos tenían el tamaño de un armario y otros eran tan anchos que se podía entrar en coche.

Caxton miró los candados. Todas las puertas que veía tenían un candado pesado: algunos funcionaban con combinación, con cifras de color lila o amarillo, y otros con llave. ¿Estaría Arkeley dentro de uno de esos trasteros?, se preguntó. ¿Sería su guarida? Tal vez se lo encontrara colgado del techo por los pies, como un murciélago gigante.

Esa idea estuvo a punto de provocarle una risita. Los vampiros y los murciélagos no tenían nada en común. Los murciélagos eran animales, organismos normales, naturales, que merecían mucho más respeto del que recibían. Los vampiros eran... monstruos. Nada más.

Examinó todas las puertas para ver si había alguna sin candado. Ni siquiera los vampiros eran capaces de encerrarse con candado desde el interior de un trastero. Caxton recorrió la hilera de puertas con la mirada, una a una, hasta el final, donde empezaba otro pasillo. Iba contando los candados mentalmente: un candado, dos candados, tres candados. Cuatro candados. Otro candado. Hasta que... ahí estaba. Casi al final de todo había una estrecha puerta sin candado.

Seguramente no sería tan fácil pero, de todos modos, tenía que comprobarlo. Avanzó lentamente hacia el final del pasillo, con la espalda pegada a la pared y el arma alzada y a punto. Sus zapatos chirriaban de forma casi imperceptible al pisar el suelo de cemento sin pulir. Cuando llegó a la puerta sin candado, se colocó a un lado y descorrió el pestillo con la mano izquierda. La puerta traqueteó y las bisagras chirriaron cuando ésta se abrió. Nada salió disparado.

Caxton dio media vuelta sobre sus talones y se plantó frente al trastero. Quitó el seguro de la pistola. Echó un vistazo en el interior y se dio cuenta de que estaba vacía. No estaba cerrada con candado porque nadie había alquilado ese trastero en particular, nada más.

Caxton respiró hondo. Pero la respiración se le cortó de golpe al oír una risa escandalosa que recorría el pasillo de un lado a otro y reverberaba en las puertas, que vibraban sujetas en sus bisagras. Caxton dio un par de vueltas sobre sí misma, incapaz de determinar de dónde provenía aquella risa, y...

Al otro extremo del pasillo, junto a los ascensores, distinguió una lívida figura inmóvil en la sombra, entre dos lámparas. Era alta y tenía una cabeza redonda, sin pelo, de la que sobresalían dos orejas largas y triangulares. Tenía la boca llena de varias hileras de dientes largos y repugnantes. A Caxton se le paró el corazón, pero entonces, al ver que el vampiro sostenía una pistola, éste multiplicó sus latidos.

## CAPÍTULO 2

A Caxton todo le dio vueltas y eso le impidió reaccionar durante un segundo decisivo. Los vampiros no llevaban pistolas. Jamás. No las necesitaban. En Gettysburg, había visto cómo un solo vampiro se cargaba a varias brigadas de la Guardia Nacional provistas con rifles de asalto. Sus zarpas y, sobre todo, sus dientes eran las únicas armas que necesitaban.

Caxton, que se había olvidado de que tenía la Beretta en la mano, se quedó mirando la pistola del vampiro mientras éste la alzaba y apuntaba hacia ella. Se agachó justo a tiempo cuando aquel dedo lívido apretó el gatillo.

Sin saber muy bien cómo, tuvo el instinto de rodar hacia un lado y esconderse detrás de la puerta abierta del trastero vacío. Los proyectiles se incrustaron en la puerta y describieron cientos de trayectorias que impactaron finalmente en la pintura blanca de las paredes. Cuando su oído se recuperó de la explosión del disparo, Caxton oyó los pies desnudos del vampiro avanzar sobre el suelo de cemento, corriendo hacia ella. Entonces se metió en el trastero y cerró la puerta.

«Qué idiota», pensó.

Acababa de cometer una estupidez tremenda. No tenía salida, y la puerta no se podía cerrar por dentro. Ésta, además, no suponía ningún obstáculo para un vampiro, especialmente uno que acababa de matar a dos hombres en

el vestíbulo. Los vampiros eran siempre muy fuertes y casi inmunes a las balas, pero su fuerza crecía exponencialmente después de beber sangre.

Caxton empezó a andar hacia atrás, palpando con una mano, hasta que llegó al final del trastero, y levantó la pistola ante ella. Tal vez cuando el vampiro abriera la puerta para lanzarse a por ella tendría una oportunidad y podría disparar a ciegas, con la esperanza de darle en el corazón, su único punto débil. Si le disparaba en cualquier otra parte, las heridas sanarían casi al instante. Todas las balas de su pistola no le servirían ni para aplazar unos segundos lo inevitable.

Apuntó el cañón de la pistola hacia la puerta. Apuntó más o menos a la altura de su corazón y entonces levantó el arma unos veinte centímetros. Arkeley era más alto que ella, se dijo. Arkeley...

La imagen del vampiro le había quedado grabada en la retina. No podía quitárselo de la cabeza: lo veía allí de pie, al fondo del pasillo, apuntándole con la pistola. Sujetándola con las dos manos.

Todas las heridas que los vampiros recibían después de regresar de entre los muertos sanaban, pero en cambio arrastraban para siempre cualquier herida que hubieran recibido siendo humanos. Al vampiro Arkeley seguirían faltándole los dedos de una mano. Y ese vampiro tenía diez dedos, lo que le venía muy bien para sujetar la pistola. «Mierda», pensó Caxton.

«No es él».

No era Arkeley. Caxton no había sido capaz de procesar aquella información mientras el vampiro le disparaba, pero mientras esperaba a que entrara en aquel trastero para matarla ya no podía seguir negándolo. Fuera quien fuese ese vampiro, hubiera sido quien hubiese sido, no se trataba de su mentor.

Lo que no hacía más que empeorar las cosas.

Los vampiros disponían de una única forma de reproducción, que requería el contacto visual. Había tan sólo dos vampiros en todo el mundo capaces de transmitir la maldición: Arkeley y Justinia Malvern, un viejo cadáver decrepito del que Arkeley no se separaba nunca. Si los dos habían empezado a crear nuevos vampiros, si Arkeley se había convertido en un Vampiro Cero...

La puerta vibró ante ella. Caxton se armó de valor y asió la Beretta con más fuerza. Iba a disparar en cualquier momento, cuando le pareciera que tenía más posibilidades. Pero primero iba a dejar que el vampiro abriera un poco la puerta.

La puerta volvió a vibrar. Oyó un chirrido metálico y supo lo que había sucedido al instante. El vampiro no iba a abrir la puerta, sino que había colocado un candado en el pestillo y la había encerrado allí dentro. Debía de llevar uno en el bolsillo, por si se daba el caso.

Fuera quien fuese, era listo. Más listo que ella, según parecía. Caxton se maldijo. Uno no debía meterse nunca en un lugar que tan sólo tenía una salida, he aquí otra de las cosas que le había enseñado Arkeley. Debería haberlo recordado.

—¿Quién eres? —gritó entonces—. ¿Vas a matarme o qué?

En el fondo no esperaba que respondiera, y el vampiro no lo hizo. Aguzó el oído mientras su voz resonaba en las paredes metálicas del trastero, intentando detectar cualquier ruido que revelara que el vampiro se encontraba al otro lado de la puerta. No oyó nada.

Entonces, al cabo de un momento, volvió a oír aquellos pies descalzos sobre el cemento. Se estaban alejando.

—¡Joder, joder! —susurró.

¿Se estaba largando? A lo mejor los refuerzos habían llegado ya y el vampiro huía de la escena del crimen. No podía permitir que eso sucediera, no podía dejar escapar al vampiro. Cada vampiro vivo significaba varias noches en

vela mientras lo perseguía. Siempre había sentido compasión por Arkeley, por cómo su cruzada imposible había ido devorando su vida. Se había pasado más de veinte años intentando extinguir a los vampiros para terminar fracasando por completo. Y, no obstante, Caxton empezaba a entender qué lo empujaba con tanta vehemencia. Empezaba a entender que a veces no tienes otra opción y que los acontecimientos te arrastran, independientemente de tu voluntad. Si podía cargarse a aquel vampiro, y a Arkeley, y a Malvern (todos los vampiros de los que conocía su existencia), si lograba acabar con todos, podría parar. Pero hasta ese momento sólo podía seguir luchando.

Tenía que haber algo que ella pudiera hacer. Miró las paredes a su alrededor, pero estaban hechas de planchas metálicas reforzadas. Nunca iba a poder salir de allí a patadas. La puerta encajaba perfectamente en el marco. No iba a poder abrirla, no iba a poder meter los dedos por una grieta y empujar.

Entonces levantó la vista.

Las paredes de los trasteros no llegaban hasta el techo, donde había una abertura de unos cincuenta centímetros. El techo del trastero era una simple rejilla de alambre. La rejilla estaba muy alta, pero a lo mejor (a lo mejor) lograba colgarse de ella de un salto.

Guardó la Beretta en la pistolera (con el seguro puesto, naturalmente), se frotó las manos y dio un salto. Logró arañar la rejilla con los dedos, pero no pudo colgarse. Lo intentó otra vez, pero en esta ocasión ni siquiera llegó a tocarla. «A la tercera va la vencida», se dijo, y dobló las rodillas.

Los dedos de la mano izquierda se colaron entre los huecos de la rejilla. Cerró el puño instintivamente y cayó de espaldas al suelo... no sin antes romper la rejilla. Ésta le desgarró la piel y pronto tuvo los dedos cubiertos de sangre. La rejilla cedió con un ruido ensordecedor, y Caxton tuvo un agujero sobre su cabeza por el que probablemente

podría colarse. Cogió un trozo de alambre que colgaba con la otra mano y empezó a trepar, palmo a palmo. Notaba como si los dedos se le estuvieran haciendo jirones, pero no le quedaba otra opción. Tenía que salir de allí.

Se le heló la sangre al oír la voz del vampiro en el pasillo.

—¿Qué haces ahí dentro? —preguntó éste con una risita.

Aquella voz la desconcertó bastante. No se parecía a la voz de la llamada que la había conducido al centro de autoalmacenaje. Era menos gutural, menos... inhumana.

No se molestó en responder. Siguió subiendo hasta llegar a lo alto de la pared del trastero. Desde allí veía el trastero de la derecha; estaba ocupado por un montón de cajas de cartón, unos esquís y varias cajas de leche llenas de discos de vinilo. Desde su posición podía descolgarse hasta el pasillo, aunque allí estaba esperándola el vampiro, al que el escándalo que había montado para subir hasta allí había puesto en alerta. Los vampiros tienen unos reflejos mucho más sofisticados que los humanos, por lo que su tiempo de reacción es mucho menor. Intentar atacar a uno desde arriba era poco menos que un suicidio.

Pero no había otro modo. Se asomó ligeramente por el borde del trastero y vio la cabeza calva del vampiro debajo de ella. Estaba apoyado en la puerta del trastero vacío, con una de sus orejas triangulares pegada a ésta y una mano enorme, como una zarpa, sobre el blanco metal.

Caxton desenfundó la pistola... y saltó. Sin pensárselo. Le cayó encima de los hombros y el vampiro se dio de bruces con el suelo, con Caxton sobre la espalda. Ésta quitó el seguro y disparó en el mismo gesto, sin apuntar. La bala desgarró el hombro del vampiro y salieron volando varias esquirlas de hueso. Sin embargo, al darse cuenta de su error, al darse cuenta de que no había atinado en el corazón, levantó el brazo y le golpeó la mandíbula con la pistola.